

Capítulo 15

O- Epílogo

La producción de un poder popular y democrático, que pueda equipararse o balancearse con el de la fuerza de estados oligárquicos y pretorianos, requiere no sólo de una política y una dirección acordes, sino también necesita acudir a una reinterpretación de las dimensiones del estado, de sus tipos de dominación estamental, patrimonial y burocrático, y de sus categorías sucedáneas de orden y progreso.

En ese sentido, esta obra se inicia con la descripción de un sistema político que construyó en la segunda mitad del siglo XIX sendos órdenes institucionales burocrático-patrimoniales (educacional y territorial). Entre los centros de gravedad o centros de potencia y movimiento, tanto físico como moral, alrededor de las cuales se construyó un modelo multipolar se dieron las políticas educativas, militares y colonizadoras, que tuvieron en su esfera puramente castrense las expresiones más elocuentes en la formación del Colegio Militar de la Nación primero y la Escuela Superior de Guerra más luego.

Una vez alcanzada en ellas una institucionalización meritocrática y científicista y cuando el orden burocrático-republicano intentó extenderse infructuosamente a escala nacional, con el ulterior propósito de lograr el monopolio de la violencia legítima, comenzaron a multiplicarse los centros de gravedad, y a imponerse en el modelo multipolar un orden oligárquico-predatorio que tuvo sus primeras armas en la frontera territorial y sus víctimas en el eslabón más débil, consistente en las poblaciones originarias.

Este orden oligárquico-patrimonial predatorio y esta multiplicación de los centros de gravedad no fue posible perpetuarlos sino mediante una fuerte presencia de diversos dispositivos, entre los cuales se destacaron aquellos vinculados con la impunidad de actos lesivos a la dignidad humana y ciudadana. Dichos dispositivos incluyeron fueros especiales, métodos de reclutamiento fundados en la financiación procedente de empréstitos externos, en la captación cleptocrática de conciencias mediante certificados de tierras, ascensos y honores, y en la cohesión del espíritu de cuerpo mediante instrumentos de endogamia corporativa, todos los cuales arrastraban fuertes cuotas de corrupción.

Como es de suponer, este orden político fundado en dispositivos tan vulnerables como vituperables tuvo necesariamente que degenerar en lo que se conoció luego como un orden burocrático-patrimonial oligárquico. Este orden oligárquico dio lugar a su vez a un clima conspirativo que fue fragmentando el espíritu de cuerpo o cohesión corporativa de las Fuerzas Armadas, al extremo de desatar un proceso insurreccional de largo plazo e intensidad creciente. Para frenar dicho proceso, los intereses internos y externos amenazados iniciaron una contraofensiva destinada a debilitar el frente revolucionario (democrático-popular) mediante tácticas, estrategias y ocultamientos de un pretorianismo árbitro e indirecto de base oligárquica.

Finalmente, cuando el orden burocrático-patrimonial oligárquico no pudo perpetuar mas sus estructuras de dominación civil y militar ensayó políticas modernistas o modernizadoras (operaciones de inteligencia militar, de “misión civilizatoria” en la frontera indígena, de paz armada con las naciones vecinas, y de deformación de las estructuras militares internas) destinadas a prolongar lo mas posible sus viejos privilegios y a condicionar negativamente la emergencia de un nuevo orden burocrático, pero de naturaleza popular y democrática.

Notas